

mezquinas, las manías pueriles, obstinadas, que son aferentes de diversas épocas y oponen gran obstáculo á la elevación de la humanidad. Se encuentran trazas de ello todavía en muchos encarnados. Y ¿qué sería sin el olvido que nos despoja momentáneamente de esas trabas y permite que una nueva educación nos reforme y nos prepare para tareas más altas?

Cuando se consideran maduramente estas cosas, se reconoce que el olvido temporal del pasado es indispensable á la obra de reparación, y que la Providencia, privándonos aquí de nuestros lejanos recuerdos, lo dispuso todo con profunda sabiduría.

Las almas se atraen en razón de sus afinidades; forman grupos ó familias cuyos miembros se unen y se ayudan mutuamente á través de sus encarnaciones sucesivas. Lazos poderosos les unen; numerosas existencias recorridas en común les forman esas similitudes de miras y de caracteres que se encuentran en tantas familias. Hay, sin embargo, excepciones; ciertos espíritus cambian algunas veces de medio, para progresar con más rapidez. En esto, como en todos los actos importantes de la vida, hay una parte reservada á la libre voluntad del sér, quien puede, en cierta medida y según su grado de elevación, escoger la condición en que ha de renacer; pero hay también la parte del destino ó de la ley divina que, desde lo alto, fija el orden de los renacimientos.

\* \* \*

La pluralidad de las existencias del alma y su ascensión en la escala de los mundos, constituyen el punto esencial de las enseñanzas del espiritualismo moderno. Hemos vivido antes del nacimiento, y reviviremos después de la muerte. Nuestras vidas son las etapas sucesivas del gran viaje que proseguimos en nuestra marcha hacia el bien, hacia la verdad y la belleza eterna.

Por la doctrina de las preexistencias y de las reencarnaciones, se liga todo, se esclarece, se comprende; la justicia divina aparece en todo su esplendor; la armonía se efectúa en el universo y en el destino.

Se comprende entonces que el alma no está formada con

diversidad de piezas por un Dios caprichoso que, al azar y según su gusto, distribuye el vicio ó la virtud, el genio ó la imbecilidad: creada simple é ignorante, se eleva por sus propias obras, se enriquece ella misma cosechando en el presente lo que ha sembrado en sus vidas anteriores, y siembra para sus vidas futuras.

El alma forma su propio destino: grado á grado asciende del estado inferior y rudimentario hasta la más alta personalidad; de la inconsciencia del salvaje hasta el estado de esos seres sublimes que iluminan la ruta de la historia y pasan sobre la tierra como un rayo divino.

Así considerada la reencarnación, es una verdad consoladora y fortificante, un símbolo de paz entre los hombres: señala á todos la vía del progreso, la grande equidad de un Dios que no castiga eternamente, sino que permite que el culpable se rescate por el dolor. Si inflexible esta ley, proporciona la reparación de la falta, y, después del rescate, nos muestra la exaltación. Estrecha los lazos de la fraternidad humana, enseñando á los que podrían estar en pugna por las desigualdades sociales y las diferencias de condición, que en realidad todos los hombres tienen el mismo origen y el mismo porvenir; que no hay desheredados ni favorecidos, pues que el resultado final será el mismo para todos, si lo saben conquistar.

La ley de reencarnación pone un freno á las pasiones, mostrándonos las consecuencias de nuestros actos, de nuestras palabras y pensamientos, que influyen en nuestra vida presente y en nuestras vidas futuras, y siembran gérmenes de desgracia ó de felicidad. Por ella, en fin, cada uno aprende á velar sobre sí mismo, á cuidar de sus actos, y á preparar cuidadosamente el porvenir.

El hombre que haya comprendido toda la grandeza de esta doctrina, no podrá ya acusar á Dios de injusticia y de parcialidad. Sabrá que cada uno está en su lugar en este mundo, que toda alma está sujeta á las pruebas que ha merecido ó deseado. Dará gracias al Eterno por haberle facilitado, con los renacimientos, el modo de reparar sus faltas y de adquirir, por medio de un trabajo constante, una partícula de su poder, un reflejo de su sabiduría, una chispa de su amor.

Tal es el destino del alma humana, nacida en la debilidad, en la penuria de facultades y de medios de acción, pero llama-



da, elevándose, á realizar en ella misma la vida en toda su plenitud, á conquistar todas las riquezas de la inteligencia, todas las delicadezas del sentimiento, y á llegar á ser un día colaboradora de Dios.

Este es el destino del sér y su grandioso objeto: colaborador de Dios, es decir, destinado á realizar en su derredor, por misiones cada vez más importantes, el orden, la justicia, la armonía; á atraer hacia él á sus hermanos inferiores, á endilgarles á las divinas alturas, á ascender con ellos, de zona en zona, hacia el objetivo supremo, hacia Dios, el Sér perfecto, ley viviente y consciente del universo, foco eterno de amor y de vida.

Esta participación en la obra infinita es al principio bien inconsciente; el sér colabora sin saberlo, y algunas veces sin quererlo, para el orden universal; después, á medida que recorre su ruta, tal colaboración se hace más y más consciente. Poco á poco su razón se esclarece; el alma percibe la armonía profunda de las cosas, penetra sus leyes, y se asocia á esa armonía con sus actos. Mientras más se desarrollan sus facultades, más crecen sus cualidades afectivas, y más se afirma y acentúa su participación en el divino concierto de los seres y de los mundos.

Esta ascensión del alma, formando ella misma su porvenir y conquistando sus grados; este espectáculo de la vida individual y colectiva, continuando de etapas en etapas en la superficie de las tierras del espacio, progresando y perfeccionándose siempre, y ascendiendo hacia Dios, hace que comprendamos mejor la utilidad de la lucha, la necesidad del dolor para la educación y la depuración de los seres.

Todas las almas que viven en las regiones materiales están sumergidas en una especie de letargo; duerme su inteligencia entorpecida, ó, indiferente, se deja llevar por todos los impulsos de la pasión. Bien pocas conocen su verdadero objeto. Necesario es, pues, que esas almas se despierten á la verdad, que esas inteligencias se abran á las sensaciones del bien y de lo bello. Todas deben alcanzar las mismas alturas, surgir y florecer bajo los rayos del divino sol. Y ¿qué sería una existencia única, aislada, para el cumplimiento de esa labor? Por esto son necesarias numerosas etapas, muchas vidas de lucha y de prueba, á fin de que esas almas se acrisolen y las aptitudes en ellas dormidas se despierten y entren en acción.

Con el aguijón de la lucha y de las necesidades; con las alternativas del júbilo y del dolor, las inquietudes, los pesares y remordimientos de que la vida humana está llena; después de las caídas y los levantamientos, los retrocesos y las ascensiones, los vuelos hacia la azul altura y los bruscos descensos hasta un abismo, el alma se desarrolla dignificándose, y las humanidades salen de su escoria de bestialidad y de ignorancia.

Así se resuelve el problema del mal. El mal no es otra cosa que un efecto de contraste; no tiene existencia propia. El mal es al bien, lo que la sombra á la luz: apreciamos ésta mejor, después de haber estado privados de ella: de igual modo, sin la pena no podríamos conocer el júbilo; sin la privación, no estaríamos en aptitud de saborear el bien adquirido, las satisfacciones obtenidas.

Todo se explica y se aclara en la obra divina cuando se la considera desde lo alto. La ley del progreso rige la vida infinita y forma el esplendor del universo. Las luchas del espíritu contra la materia, su ascensión por el dolor, tal es la epopeya grandiosa que los cielos cuentan á la tierra, y que la voz de los invisibles repite á todos los que tienen sed de verdad. La enseñanza es la que precisa difundir, á fin de que el encadenamiento de los efectos y las causas se revele, y con él, la solidaridad de los seres y el amor divino que abraza toda la creación.

Considerado así, el problema del destino no es más que la aplicación lógica y la consagración de esta ley de evolución, de la cual tantos pensadores de nuestra época han tenido, según su estado de espíritu, la intuición confusa, ó la clara visión. Es la ley superior que rige á todas las cosas.

\* \* \*

El plan general del universo está diseñado en la exposición precedente. Así pues, sólo nos resta precisar los puntos esenciales.

La enseñanza de los Espíritus nos muestra por todas partes la unidad de leyes y de sustancia. El orden y la armonía reinan en la obra eterna por esta unidad.

El mundo invisible no se distingue del mundo visible sino con relación á nuestros sentidos. El mundo invisible es la con-



tinuación ó prolongación natural del visible. En su unidad, los dos forman un todo inseparable; pero en el invisible es donde se debe buscar el mundo de las causas, el foco de todas las actividades, de todas las fuerzas sutiles del cosmos.

La fuerza ó la energía, nos dice la ciencia, mueve la materia y dirige los mundos en el espacio. ¿Qué es la fuerza? Según la nueva revelación, es el agente, el modo de acción de una voluntad superior. Es el pensamiento de Dios, que da movimiento y vida al universo!

La existencia de Dios es afirmada por todos los Espíritus elevados. Todos los que han bebido en la fuente del espiritismo moderno saben que los grandes Espíritus del espacio están unánimes en proclamar y reconocer la inteligencia suprema que gobierna los mundos. Agregan que esta inteligencia se revela más brillante á medida que se asciende en los grados de la vida espiritual.

En esto están de acuerdo los escritores y los filósofos espíritas, desde Allan Kardec hasta nuestros días: todos afirman la existencia de una causa suprema en el universo.

“No hay efecto sin causa—ha dicho Kardec,—y todo efecto inteligente tiene forzosamente una causa inteligente.”

Sobre este axioma reposa todo el espiritismo. Cuando lo aplicamos á las manifestaciones de ultratumba, este axioma demuestra la existencia de los espíritus. Asimismo, si lo aplicamos al estudio del mundo y de las leyes universales, demostrará la necesidad de una causa inteligente. Por esto es que la existencia de Dios constituye uno de los puntos esenciales de la enseñanza espírita.

Los espíritus, lo mismo que los hombres, no tienen igual adelanto, y no pueden todos ver de idéntica manera: de aquí las diversas concepciones acerca del sér divino. Pero basta notar que existe inteligencia y conciencia en los seres creados, para encontrarlas en la fuente creadora, en esa unidad suprema que no es la causa primera, como dicen algunos, ni causa final, como piensan otros, sino la causa eternamente actuante, de donde emana toda vida.

La solidaridad que liga á todos los seres no tiene otro centro que esta unidad universal y divina; todas las vías terminan en ella para fundirse y armonizarse. Por ella sola podemos conocer el objeto de la vida y sus leyes, pues que ella es la razón

del sér y la ley viva del universo. Es, al mismo tiempo, la base y la sanción de toda moral.

Desde que se estudia el problema del más allá, la situación del espíritu después de la muerte, se entrevé un estado de cosas regido por una ley de justicia que ella misma es la ejecutora, sin tribunal y sin juicio, pero á la cual no se escapa ninguno de nuestros pensamientos, ninguno de nuestros actos; ley que revela una inteligencia directora del mundo moral, que es al mismo tiempo la fuente de toda vida, de toda luz, de toda perfección.

Y esto tiene que ser así, porque la idea de ley es inseparable de la idea de inteligencia. Sin esta noción, las leyes universales estarían destituidas de punto de apoyo, y nada las distinguiría de las leyes mecánicas y ciegas del materialismo.

Se nos habla mucho de las leyes ciegas de la naturaleza. ¿Qué significan estas expresiones? Las leyes ciegas sólo podrían obrar al azar. El azar es la ausencia de plan, de dirección inteligente; es la negación misma de toda ley. El azar no puede realizar la unidad y la armonía, sino más bien la incoherencia y la confusión. Por esto es que una ley no puede ser otra cosa que la manifestación de una inteligencia soberana, la obra de un pensamiento superior. Sólo el pensamiento puede disponer, ordenar, combinar todas las cosas en el universo. Y el pensamiento no puede producirse sin la existencia de un sér que es el generador.

Las leyes universales no podrían reposar sobre una cosa tan móvil y cambiante como el azar: deben apoyarse necesariamente sobre un principio inmutable, ordenador y regulador. Privadas del concurso de una voluntad directora, esas leyes serían ciegas, como dicen los materialistas; irían al acaso, y no serían tales leyes.

Las fuerzas y los seres, los mundos y las humanidades, todo es gobernado por la inteligencia. El orden y la majestad del universo, el orden material y el moral, la justicia, el amor, la libertad, todo reposa sobre leyes eternas; y no hay leyes eternas sin una razón superior que es la fuente de toda ley. Por esto ningún sér, ninguna sociedad puede desarrollarse y progresar sin la idea de Dios, es decir, sin justicia, sin amor, sin libertad, sin razón, pues Dios representa la eternidad y la perfección, y, por consecuencia, Dios es la base esencial de to-



do lo que forma la hermosura, la grandeza de la vida, la magnificencia del universo.

Muchos preocupados han dividido al mundo con estas cuestiones: el moderno espiritualismo ha venido á zanjarlas. Hasta aquí, los materialistas buscaban el secreto de la vida universal donde él no existe, en los efectos; los cristianos por su parte, lo buscaban fuera de la naturaleza. Hoy, comprendemos que la causa eterna del mundo no es exterior al mismo, sino interior; es su alma, su foco, como nuestra alma es el foco de la vida en nosotros.

La ignorancia de estas cosas es la principal causa de nuestros errores, y es la que impulsa al hombre y á la sociedad á cometer actos cuyas consecuencias les son funestas.

Por largo tiempo se ha considerado la obra divina y las leyes superiores desde el punto de vista estrecho de la vida presente y conforme al mezquino cuadro de la tierra, sin comprender que en el encadenamiento de nuestras vidas sucesivas y en la colectividad de los mundos se revelan la universal armonía, la absoluta justicia y la gran ley de la evolución de los seres hacia el Bien perfecto, que es Dios.

La obra divina no puede ser medida, ni en el tiempo, ni en el espacio. Se extiende por el campo inmenso de los cielos con miríadas de soles, y se revela en la tierra, así en la humilde florecilla, como en los gigantescos árboles de las selvas. Dios es infinito; la creación es eterna. No puede comprenderse la creación salida de la nada, porque la nada, nada es. Dios no ha podido sacar algo de una imposible nada, ni crear algo fuera de su infinitud. La creación es incesante; el universo, inmutable en su todo, está en vía de transformación constante en sus partes.

Con todos sus mundos visibles é invisibles, sus espacios celestes, sus poblaciones planetarias y siderales, el universo nos representa un inmenso taller, donde todo lo que se mueve y respira trabaja para la producción, la conservación y el desarrollo de la vida. Cada globo que rueda en el espacio es la morada de una sociedad humana. La tierra es uno de los más pobres y pequeños planetas en la gran jerarquía de los mundos; la sociedad terrestre una de las más inferiores. Pero ella misma se perfeccionará, y nuestra esfera será entonces una mansión dichosa. Las más nobles aspiraciones conducirán

á la humanidad á vías de renovación gradual y de progreso moral.

Todo se transforma y se renueva por el ritmo incesante de la vida y de la muerte. En tanto que unos astros se extinguen, otros se encienden en el seno de los espacios. Esto es lo que ha hecho decir al poeta que hay cunas y tumbas en el cielo. Como el hombre, los mundos nacen, viven y mueren, los universos se disuelven, todas las formas pasan y se desvanecen, mas la vida infinita subsiste en su eterno esplendor.

Un plan admirable se ejecuta; Dios sólo conoce el conjunto; nosotros solamente percibimos algunas líneas, y al mirarlas, nos producen deslumbramiento. Pero la comprensión de las cosas divinas crece con nuestros progresos, á medida que nuestros sentidos y facultades, engrandeciéndose, nos muestran nuevas perspectivas en los mundos superiores.

De igual modo, la cadena de nuestras existencias desarrolla, en la sucesión de los siglos, sus eslabones, deslucidos ó brillantes. Los acontecimientos se suceden sin ligazón aparente; pero la infalible Justicia liga su curso según reglas inmutables. En el dominio moral, como en el orden material, todo está relacionado.

Comparad las concepciones del pasado; la tierra, centro del universo, único planeta habitado; la única y corta vida del hombre perdida en lo infinito de los tiempos, y después de la cual es juzgado y sentenciado por la eternidad; comparadla con esta revelación de los espacios, este universo sin límites, poblado de soles y sus cortejos de mundos secundarios, las ciudades, los pueblos, las innumerables humanidades que los cubren, con las diversas civilizaciones y las obras maravillosas que produce el espíritu. Pensad en ese porvenir del alma, destinada á renacer, de existencias en existencias, en esos mundos, remontándolos uno á uno, como las gradas de colosal ascensión, formando parte de estados sociales de tal modo superiores á los nuestros, que de ellos no pueden darnos idea nuestras mezquinas concepciones terrestres. Y el alma, en sus peregrinaciones infinitas, adquiere siempre cualidades nuevas, poderes cada vez más grandes, que la harán apta para figurar con categoría más y más elevada en el universo.

No hay, pues, elegidos ni réprobos. La humanidad no se divide en dos partes, los salvos y los perdidos: para todos es-



tá abierto el camino del bien por el progreso; todos le recorren, de etapas en etapas, de existencias en existencias; todos se elevan hacia la paz y la felicidad por el trabajo y por la prueba. Todas las almas son perfectibles y susceptibles de educación; deben recorrer iguales vías y partir de la vida inferior á la plenitud de la ciencia y de la virtud. No son igualmente adelantadas, pero todas subirán, tarde ó temprano, por las agrias pendientes que conducen á las cimas radiosas que baña la eterna luz.

El pensamiento divino preside este orden majestuoso; ve la por el cumplimiento de sus leyes y la elevación de la vida renaciente. En todas partes reina el poder infinito que anima al universo con su soplo y le calienta con su amor.

\*  
\*\*

Muchos hombres son refractarios á la concepción de Dios: rehusan ver y admitir la potencia eterna que irradia en toda la naturaleza.

El sol brilla sobre las aguas; sus temblantes rayos acarician la onda dormida. Desde la altura viene á iluminar la extensa superficie del mar; hace chispear millones de centellas en la cresta de las olas; todo sér que se mueve en el seno de las aguas puede percibirle; le basta para ello hacer un esfuerzo para ascender de las profundidades y bañarse en sus rayos. Pero si rehusa abandonar su sombría morada, si se complace en sus tinieblas, ¿no existirá por eso el rayo de luz que no ve?

Así es con el gran foco divino. Sin el pensamiento de Dios que ilumina las profundidades del Cosmos, sin esta luz impecedera, todo permanecería hundido en la sombra. Pero ese pensamiento no se muestra con todo su fulgor sino para aquel que se ha hecho digno de comprenderle, aquel cuyo sentido íntimo se ha abierto á la gran voz del infinito, ante este soplo que pasa sobre los mundos, y fecunda las almas y los universos.

Dios en su pura esencia, nos dicen los Espíritus, es como un Océano de llama. Dios no tiene forma, pero puede tomar alguna para aparecer á las almas elevadas. Es la recompensa acordada á las grandes adhesiones, á las existencias de sacrificio y de abnegación. Hay en ello una especie de materializa-

ción, muy diferente de todo lo que podemos suponer. Aun bajo ese aspecto sensible la majestad de Dios es tal que los más puros espíritus apenas pueden soportar su esplendor. Los Espíritus llegados á la perfección tienen el privilegio de contemplar la Divinidad sin velo: declaran que el lenguaje humano es muy pobre para poder hacer una descripción, por ligera que fuese, del foco divino.

Dios ve todo, conoce todo, hasta los más secretos pensamientos. Como el espíritu está en todas partes del cuerpo, así Dios en todo el universo, y en relación con todos los elementos de la creación.

Su amor envuelve y liga todos los seres, de quienes él mismo ha hecho, al llamarlos á la vida, los artifices de su obra eterna. Su solicitud se extiende hasta los más humildes y los más oscuros, pues todos son salidos de El. Así pues, todos, si no por una alta inteligencia y una razón ejercitada, todos pueden conocer y sentir á Dios por los afectos del corazón.

Lo que caracteriza sobre todo á la alma humana, es el sentimiento. Por éste se adhiere el hombre á lo que es bueno, bello y grande, á lo que constituye su sostén en la duda, su fuerza en la lucha, su consuelo en la prueba. Y todo esto revela á Dios. Lo bello y lo bueno no se encuentran en nosotros sino en grado parcial y limitado, y no pueden existir sino á condición de volver á encontrar su origen, su principio y plenitud en un Sér que los posee en grado superior é infinito. Esto es lo que han sentido instintivamente todas las generaciones, las multitudes todas que reposan bajo el polvo de las edades, y por eso los vuelos del pensamiento humano se han dirigido, en todo tiempo, hacia ese Espíritu divino que está por encima de todas las religiones y de todos los sistemas, hacia esa alma del mundo, honrada bajo nombres diversos, pero que es siempre la causa única de donde todo emana y á donde vuelve todo eternamente.

Dios es la grande alma universal, de la que cada alma humana es una irradiación, una chispa. Así pues, cada uno de nosotros poseemos, en estado latente, las fuerzas emanadas del foco divino, y cada uno puede desarrollarlas uniéndose estrechamente á la Causa de la que el hombre es efecto. Por la elevación de nuestros pensamientos hacia Dios, por la plegaria que brota de lo íntimo del sér y liga á la criatura al Creador,



se produce una penetración continua, una fecundación moral, una manifestación de tesoros ocultos en nosotros. Pero el alma humana se ignora á sí misma; falta de conocimiento y de voluntad, deja adormecidos sus ocultos poderes. En vez de mandar á la materia, se deja dominar por ella, y esta es la causa de sus males, de sus pruebas, de sus flaquezas.

El espiritualismo moderno viene, por esto, á decir á todos: ¡Oh hombres! eleváos con el pensamiento por encima de las cosas terrestres; eleváos más y más alto para comprender que sois los hijos de Dios, mucho más alto para sentir que estáis ligados á El, á su obra inmensa, destinados á un fin al lado del cual todos los otros son secundarios; y este fin, es la entrada en la gran comunión, en la santa armonía de los seres y de los mundos, que no se realiza sino en Dios y por Dios!

## XI

### RENOVACION.

Como creemos haberlo establecido en las páginas que preceden, el espiritualismo moderno descansa sobre testimonios universales. Se apoya sobre hechos experimentales observados en todos los puntos del globo por hombres de todas condiciones, entre quienes se encuentran sabios pertenecientes á todas las grandes universidades y á muchas academias célebres. Debido á ellos y debido también á sus esfuerzos, la ciencia contemporánea, á pesar de sus vacilaciones y sus repugnancias, ha sido conducida poco á poco á interesarse en el estudio del mundo invisible.

De año en año, ha ido aumentando el número de experimentadores. A las pesquisas han sucedido otras pesquisas, y siempre los resultados han venido á confirmar las afirmaciones anteriores. De estas observaciones, multiplicadas hasta lo infinito, ha nacido una certidumbre: la de la supervivencia del sér humano, y con ella las más precisas nociones acerca de las condiciones de la vida futura.

Por el atento estudio de los fenómenos, por la permanente comunicación establecida con el más allá, el espiritualismo moderno ha llegado á confirmar las grandes tradiciones del pasado, las enseñanzas de todas las religiones, de todas las elevadas

filosofías que se relacionan con la inmortalidad del sér y la existencia de una causa ordenadora del universo. Les ha dado una sanción definitiva. Lo que hasta entonces no era más que hipótesis y especulación del pensamiento, ha llegado á ser un hecho adquirido. La vida futura se ha dejado ver en su realidad más sorprendente; la muerte ha perdido su aspecto terrorífico; el cielo se ha aproximado á la tierra.

El espiritualismo ha hecho más. De este conjunto de estudios, de esta investigación proseguida durante medio siglo, de todos los hechos, de todas las revelaciones obtenidas ha constituido una nueva enseñanza libre de toda forma oscura ó simbólica, fácilmente accesible aun para los humildes, y que, para los eruditos y pensadores, abre vastas perspectivas en los altos grados de los conocimientos, referentes á la concepción de un ideal superior.

Esta enseñanza puede ser satisfactoria á todos, tanto para los espíritus más elevados como para los más modestos, pero se dirige sobre todo á los que sufren, á los que se doblegan bajo pesada carga ó penosa prueba, á los que tienen necesidad de una fe viril que les sostenga en su camino, en sus trabajos, en sus dolores. Se dirige á la muchedumbre humana. La muchedumbre se ha vuelto incrédula y desconfiada con respecto á todo dogma, á toda creencia religiosa, porque comprende que se ha abusado de ella durante siglos. Sin embargo, subsisten siempre en ella aspiraciones confusas al bien, necesidad innata de progreso, de libertad y de luz, que facilitarán la manifestación de la idea nueva y su acción regeneradora.

El espiritualismo moderno satisface estas necesidades innatas del alma humana, que ninguna otra doctrina ha podido satisfacer por completo. Por la ley de las existencias sucesivas nos muestra la justicia regulando los destinos de todos los seres. Por ella no hay ya gracias especiales ni privilegios, ni redención por la sangre de un justo, ni desheredados, ni favorecidos. Todos los espíritus que pueblan la inmensidad diseminados en el espacio ó en los mundos materiales, son hijos de sus obras; todas las almas que animan á los cuerpos carnales ó esperan las nuevas encarnaciones, son del mismo origen y están llamadas al mismo fin. Los méritos, únicamente los méritos, las virtudes adquiridas las distinguen, pero todas pueden elevarse por sus propios esfuerzos y recorrer la vía del perfeccionamiento